

Los modelos pandémicos en la educación instrumental: elementos para una educación no-parasitada

Esteban Morales Proa¹

Resumen. El parásito “coronavirus”, vinculado a la crisis económica, social y sanitaria, ha potenciado los modelos pandémicos –peste, lepra y viruela– ya normalizados en la sociedad. Estos modelos sirven a un parasitismo superior que la sociedad de control capitalista intenta endurecer en el modelo del coronavirus. La educación instrumental que se da en las escuelas muestra con claridad cómo funcionan estos modelos, evidencia muchos aspectos de control. No obstante, la crisis del coronavirus representa una oportunidad para implementar un tipo de educación “no-parasitada,” considerando elementos como: la muerte del profesor, el reagenciamiento de la educación a las familias y la ecopedagogía.

Palabras clave: modelos pandémicos, modelo del coronavirus, educación instrumental, sociedad de control, educación no-parasitada.

Introducción

El propósito central de este ensayo es ahondar en los modelos pandémicos normalizados en la sociedad de control. Además, analizar un espacio distintivo, *La escuela instrumental* y cómo el modelo actual de control, que vincula varios modelos, ha ampliado las implicaciones de una educación parasitada. Asimismo, al ahondar en la crisis del coronavirus o *covid-19 (Severe acute respiratory syndrome coronavirus Type 2)* se proponen algunos elementos para una educación no-parasitada.

1. Maestro en Docencia en Ciencias Sociales por el IMCED y Doctorante en Ciencias del Desarrollo Sustentable, UMSNH, Correo: estebanmpmx@gmail.com

Puede haber parásitos de una especie a otra, pero si se ve desde el conjunto de los ecosistemas, los parásitos muchas veces no son parásitos, sino simbiontes. Se puede ser parásito de una especie, pero no del conjunto de los seres vivos. Sólo dentro de la sociedad de control capitalista el único parásito completo y global es el hombre.

La sociedad de control, producto de las modulaciones del capitalismo, está reemplazando a la sociedad disciplinaria, que es consecuencia de los encierros, los moldes y las fábricas capitalistas (Deleuze, 1991, págs. 1-2). La sociedad de control no elimina a los modelos anteriores, como la sociedad disciplinaria, esta última no ha terminado, goza de cabal salud y vitalidad.

La sociedad de control no utiliza exclusivamente la represión física, como los garrotazos o cintarazos en gente que va en la calle sin cubrebocas; además, utiliza los aparatos y dispositivos digitales para prevenir, vigilar y sancionar por medios ciberneticos a la población. Esta supuesta salvación del contagio corre el peligro de traducirse en más control del cuerpo y una exclusión mayor de otras sociedades ya existentes o en vías de posibilidad.

De este modo, co-habita una sociedad disciplinaria con una sociedad de control; coexiste la disciplina junto a un canal más móvil y virtual. Lo que evidencia la gestión biopolítica del *Covid-19*, no es una situación inédita de control, sino el reciclaje de formas de control social, como el modelo de la peste y la lepra e intensificar por medios ciberneticos las formas de control como el de la viruela que ya estaban normalizadas en la sociedad.

Este ensayo se enfocará en cuatro momentos: primero se realiza un análisis general de los modelos pandémicos ya mencionados, especificando cuáles de ellos están presentes y cómo funcionan. En un siguiente, se exploran las formas específicas de control de estos modelos en un espacio determinado: “la escuela instrumental.” En un tercer momento, se analiza cómo el modelo del coronavirus profundiza y vincula los modelos anteriores de control social.

Finalmente, se reflexiona cómo los problemas causados muestran algunos elementos de una educación “no-parasitada” que todavía es posible en la escuela.

La gestión social en la pandemia del *Covid-19* no muestra una situación inédita de control, sino recicla, combina y potencia los modelos pandémicos de la sociedad de control que ya estaban normalizados:

El modelo de la lepra es el primer modelo de control social. Consiste en la exclusión social, y en particular de los leprosos. Instala una oposición jerárquica entre quienes tenían la enfermedad y quienes no la tenían. Encierra a los que tenían la enfermedad en leprosarios. La peste es el segundo modelo. En él; las normas, reglas y reglamentos son similares a la crisis del coronavirus. El objetivo es cuadricular los espacios de “apestados, con normas que indican a la gente cuándo pueden salir, cómo, a qué horas, qué deben hacer en sus casas, qué tipo de alimentación deben comer, les prohíben tal o cual clase de contacto, los obligan a prepararse ante inspectores [...] (Foucault M., 2018, pág. 25).

El modelo de la viruela es el tercer modelo de control social vigente. Este no consiste en imponer un sistema de disciplinamiento, como en los anteriores, sino en establecer un control por medio de modulaciones: cuantas personas son víctimas, qué riesgos, probabilidad de muerte o contagio, qué edad, secuelas, sexo, riesgos, efectos estadísticos, campañas médicas, etc. (Foucault, 2018, pág. 26).

Los modelos anteriores se han globalizado y potenciado con las crisis socioeconómicas y sanitarias generadas por el coronavirus. Crisis más mortales como la del Ébola y el Mers, no han sido consideradas emergencias mundiales, en tanto que sucedían en Oriente y África. Sin embargo, la pandemia infecciosa del *Covid* ya no es cosa de otra latitud no eurocéntrica, que no era afectada por estas enfermedades. Crisis todavía más potentes que la del *Covid-19*, pero que no mojaban las costas del atlántico norte.

El modelo del coronavirus vincula los modelos pandémicos –peste, lepra y viruela– y los potencia tanto que se funden, entrelazan y hacen sinergia. En conclusión, provoca una sindemia (interacción o suma de dos o más epidemias exacerbadas por el estrés, la pobreza, la violencia y la inequidad). Esto hace querer regresar al modelo social anterior a la sindemia que era más *light*. El autoencarcelamiento social hace extrañar la frivolidad y la frialdad del mundo “pre-sindemia del *Covid*.”

II

Es necesario analizar un espacio social específico para observar con microscopio cómo funcionaban los modelos pandémicos. Estos modelos necesitan espacios de control concretos para verificarse y desplegarse en el ámbito empírico y científico. Uno de estos espacios es la escuela instrumental –sinónimo de educación y de educación formal–. Mediante este espacio que se convirtió en el espacio paradigmático de educación, se trata de incorporar a los sujetos a la sociedad de control para que “tengan una vida.”

La sociedad de control necesita espacios para intensificarse e inocular sus fundamentos. No basta con juntar a los sujetos en un espacio nucleado. Es necesario que tengan códigos y se ordenen sus conductas. Se aspira a una administración de la vida y también a una transformación total de la misma. Se analiza a la escuela en particular, porque ahí se tiene el monopolio de la educación y un mejor control de la masa-individuos que serán el futuro del sistema de control.

Para esto, se exige el confinamiento en un espacio determinado donde se asegura que no se dispersen los sujetos. La escuela es el espacio cerrado para el exterior y cerrado en sí mismo; es un espacio de concentración de futuros transmisores vivientes del sistema. El primer paso para controlar ahí es suplir un proceso abierto al mundo, por un espacio de exclusión como el modelo de la peste.

La escuela instrumental es un espacio de exclusión y concentración, dentro tiene espacios menores también cerrados y cercados llamados aulas. El control sobre la vida en la escuela se hace a través de cajas, llamadas aulas –similar a jaulas– en donde la diferencia y las perversiones del mundo exterior no pueden inmiscuirse. Doble muralla que se cierne sobre el alumno.

Para evitar fugas, hay que concentrarlos en el supuesto de educarlos. El aula es el lugar donde se domina a la masa-individuo, corral o contenedor en donde la dispersión es anulada; es un lugar oculto para el ojo indiscreto y seguro del exterior subversivo. Esfera de doble función: apaciguadora del cuerpo y generadora de cierto saber.

El aula es donde toda la energía mal orientada se corrige, ahí se transmuta la chusma y la masa informe, en algo uniforme con uniforme. El uniforme indica la condición dentro y fuera del aula. Al igual que la vestimenta del leproso y su campanita o el cubrebocas en la sindemia del coronavirus, la vestimenta o el uniforme escolar, “que hay que comprar,” sirve como señalamiento y protección. El uniforme sirve como una funda anónima que suprime la singularidad. Todos los alumnos lo deben portar sin excepción, están en formación para salir de la enfermedad. La justificación para esta homologación es que todos los alumnos “sean iguales” y no se vea la pobreza o la riqueza.

El aula asume que protege del vicio y la corrupción externas, lugar donde la enfermedad no puede infectar, lugar donde se está protegido del exterior saturnal.² El aula es el territorio seguro donde la “epidemia” no se pega. Si se sale en horas de clases, se es sospechoso. Ahí se enseña a comportarse de cierta manera para adquirir lo que se necesita para “triunfar en la vida.”

² Las Saturnales (en latín *Saturnalia*) eran unas importantes festividades romanas. La fiesta se celebraba con un sacrificio en el Templo de Saturno, en el Foro Romano, y un banquete público, seguido por el intercambio de regalos, continuo festejo, y un ambiente de carnaval que desplomaba las normas sociales (Miller, 2010, pág. 172).

El aula está hecha en su topología para evitar distractores y detractores, es decir, evitar cosas que puedan alejar o criticar a la clase del profesor, que se justifica como lo más importante. No solo se está separado del mundo, sino también de los padres, abuelos y de nosotros mismos. El aula nos mantiene alejados en una especie de “cuarentena”.

Se asigna o escoge un lugar dentro del aula, un espacio repartido y cuadriculado de manera similar a cada individuo, como en el modelo de la peste. Se puede decir una celda en dos sentidos: lugar de encierro como en la cárcel o donde se introduce información, como en las hojas de cálculo en una base de datos. Los alumnos se distribuyen de manera óptima. Con esto se hace eficaz la disciplina suministrada. Es una administración objetiva del alumno.

Se pretende que los alumnos se autorregulen en una especie de “mano invisible” en la educación. Esta mano guía y promueve a un fin que no es la intención del alumno. La competencia, el egoísmo y la posición en el aula se autorregularán, de tal manera que se frena la conducta indisciplinada de cada estudiante.

Se distribuye a los individuos en el espacio y en un sitio determinado. Los alumnos, dentro de la distribución, son prescindibles, canjeables y permutables para ser aprovechados al máximo, como en las celdas de las hojas de cálculo, se pueden modificar los datos (alumnos) a discreción. Al igual que en *Excel®*, un alumno está sentado donde se cruza una línea y columna, cada dependiente tiene una coordenada, entonces el día que falta se nota el hueco; tenemos una celda vacía.

Los alumnos se convierten en números como en la matrícula, lista y calificaciones. Se reifican, ratifican y reubican. Se hace de ellos objetos verificables u observables y el examen es su comprobación. Al encontrarse en celdas son individualizables y agrupables, controlados como individuos y controlados en masa como números humanos.

Esto permite hacer modulaciones, como en el modelo de la viruela, para generar medidas, medianas, reglas, reglamentos, códigos, normas y leyes; es decir, cuántos alumnos en un aula, qué maestros, cuántos reproban, cuántos pasan, horarios de clases, recreo, hora de salida-entrada, índice de reprobación, reglamentos, ausentismo, deserción, habilidades, debilidades, cuántos hombres, cuántas mujeres, gustos, especialidades, etc.

III

El modelo de control social ejercido sobre la vida en la escuela ahora es exacerbado por la tecnología; es llevado a las casas virtualmente, sirve para no contagiarse, pero también para no conectarse físicamente. La “nueva escuela virtual a distancia” es la medida contra la amenaza del parásito *Covid-19*; utiliza las Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC), que en un principio había limitado al prohibir su uso en el aula, ahora las utiliza para mandar trabajos a casa porque cerró las escuelas como medida profiláctica o inmunitaria.

No se está diciendo que se vaya a la escuela a contagiarse, sería irresponsable, sino que la coyuntura podría tener un efecto afirmativo en educar de otro modo; y no en reafirmar, automatizar o retornar a métodos instrumentales de enseñanza que estaban superados desde la pedagogía crítica.

Las Pulgarcitas,³ no están agradecidas con esta educación virtual a distancia, porque utiliza sus mismas herramientas para aislar y desconectar sus relaciones. La escuela, producto del *Covid-19*, promueve un aprendizaje de receptores pasivos homogenizante y de una sola vía. No existe diálogo con las autoridades de gobierno que hacen convenios con grandes empresas de la televisión abierta y de paga como Televisa y TVazteca.

3 Michel Serres describe a las Pulgarcitas a los que nacieron con las nuevas tecnologías de la información y comunicación y su modo de ser distinto a los demás. Utiliza un género femenino inclusivo. Les llama así por su uso con los pulgares de los dispositivos digitales y por la libertad para escoger. Tienen la potencialidad de conectar con más cosas (Serres, 2012).

No se escoge el contenido, sino que es el mismo contenido para todos los estudiantes a lo largo del país, sin importar los diferentes contextos, situaciones, historia, cultura, etc. Entonces, al querer desparasitar la escuela del *Covid*, se termina por despulgarcitar a los jóvenes, anula su disposición activa y participativa que ya poseían en las redes.

Los estudiantes se quedan en modo pasivo, recibiendo edictos televisados en vez de diálogo, inhibe su creación, se les hace pensar lo que se quiere que piensen. Esta educación, o serie de instrucciones televisadas, resulta más tradicional que las escuelas instrumentales porque se oculta, ahora no hay un espacio concreto, sino una mutación a espacios intangibles, virtuales y mediáticos, sin aprovechar la coyuntura y las nuevas tecnologías que den lugar a una educación no-instrumental en la que se remuevan los modelos pandémicos que parasitan a la escuela instrumental.

Los programas escolares televisivos niegan la creatividad, cierran la posibilidad de emprender formas frescas y vinculantes de enseñanza. Las clases virtuales no fueron la panacea, sino la amplificación de los modelos pandémicos, llevando el control a las casas. En el modelo del coronavirus, los alumnos “Pulgarcitas”, ya familiarizados con lo digital, de forma irónica, ahora se quejan de la educación porque “se aburren, dejan mucha tarea, lecturas, memorización y planas.”

Los profesores tienen más trabajo con clases a distancia: vía internet, *whatsapp*, videoconferencias, les mandan mensajes fuera de la hora de trabajo, etc. La escuela instrumental se consolidó como el lugar de aprendizaje, diálogo, escape, recreación y tiempo libre como lo proponía su origen etimología *schole*, que significa ocio. Tanto alumnos como docentes anhelan regresar a la escuela física, no porque extrañen la vieja educación instrumental, sino porque ansían la relación cercana, en el caso de los niños, jugar con los amigos a la hora del recreo o cuando sale la profesora del salón. Lo que se echa de menos es el recreo como participación en el espacio público.

El discurso oficial aspira a un regreso a la vida “normal”. Esto ha reforzado al parasitismo. Es necesario revertir esa calificación y desconocer como “normal” o, mejor dicho, normalizada, esa construcción. En el modelo del coronavirus se quiere y se requiere regresar a la vieja normalidad, aunque esta signifique destruir ecosistemas, beligerancias crónicas, trabajar para sobrevivir, estar apetitosos para las empresas, hacer por inercia, rescate de bancos, desahucio de personas, vivir para pagar deudas crónicas e ir a la escuela para salir de ella.

Curiosamente ante este acto extremo de control social de la vida humana dentro del modelo del coronavirus, los seres vivos que no les afecta este parásito llamado *Covid* encuentran nuevos espacios sin control. En realidad, el verdadero parásito del mundo, dentro de la sociedad de control, es el hombre. El hombre que ha sido retirado momentáneamente, gracias a otro parásito que es el coronavirus, ahora convertido en una especie clave porque ha tenido un efecto regulador en el ecosistema.

Los “otros” seres vivos han regresado: bioluminiscencias de miles de microorganismos en Acapulco, liberación de peces de consumo, jabalís cerca de las ciudades, delfines y medusas en los canales de Venecia, aves en la Fuente de Trevi, disminución del dióxido de carbono en la atmósfera, reverdecimiento visto en fotos desde el espacio, etc.

La diversidad ha generado un parásito de la sociedad de control que parasitó la vida, con lo que se ha convertido en la negación de la negación. Así el mundo de la vida ha empezado a rehacer sus regulaciones y modulaciones, al menos de forma momentánea. El coronavirus que fue sacado a la fuerza de su huésped original por el consumismo y que para sobrevivir mutó en *Covid-19*, ha utilizado las autopistas del consumo y de la sociedad de control para expandirse por el planeta usando a los hombres como vehículo y eleva su potencial de contagio en los lugares atestados y cerrados pertenecientes a los espacios de consumo: centros comerciales, vuelos comerciales, estadios deportivos, etc.

En épocas anteriores, las escuelas al aire libre “sin paredes” transformaron los espacios atiborrados y cerrados, fueron llamadas también en la década del treinta del siglo XX, escuelas antituberculosis. Éstas generaron un efecto en la arquitectura posterior. Pero no solo la tuberculosis, sino también el *Covid-19* están teniendo un efecto cascada, no en la arquitectura, sino en la cadena trófica. “Así los antiguos parásitos, en situación de peligro de muerte, por los excesos cometidos [...] devienen obligatoriamente en simbiontes” (Serres, 1990, pág. 62).

IV

Al igual que las escuelas al aire libre o antituberculosis del siglo pasado, qué elementos se han evidenciado con la sindemia del coronavirus y al salir los sujetos de la escuela instrumental, ¿puede surgir una escuela “no-parasitada o anticovid”?

La muerte del profesor: no se ocupa al profesor, definido este como aquel que “profesa o declara en público” cierto saber, modelo y norma. Profesor viene del latín, “declarar en público”, compuesto por el prefijo “pro”, que significa hacia delante o a la vista, la raíz del verbo *fateri*, “admitir o confesar” y el sufijo “or”, que significa agente o el que hace la acción, con lo cual también profesor significa, alguien que profesa (Diccionario Etimológico, 2021).

Este profesor o profeta enseña cómo se debe comportar, lo que se debe hacer y saber, domina un saber, y a su vez, es dominado, alienado, supeditado y supervisado por una sociedad de control. Esto congela el saber vivo de los alumnos. No se enseña a ser diferentes o a criticar lo que se enseña. Se debe hacer lo que se dice que se haga, sino se repreueba.

Entre más normal se sea, mejor irá en la vida. Los profesionales de la educación se preparan en las instituciones que solo educan a sujetos normales o que pueden ser normales, y por lo tanto verifican, definen y defienden la normalidad del sistema de control.

Los sujetos anormales o patológicos no pueden conducirse y controlarse con los mismos aparatos formales porque se enferma la salud del sistema, para ellos se requiere una “educación especial,” en donde otro tipo de especialistas con otro tipo de operaciones pueden mantener, curar, recuperar u ocultar los casos estigmatizados como problemáticos, raros, atípicos o límites que cuestionan al sistema.

Los profesores dominan o los domina un saber instrumental, formal o normal de la sociedad de control capitalista, un saber qué hace añicos otros tipos de saber. Esto genera alumnos dislocados y perturbados, si salen del modo de producción capitalista. La escuela instrumental está generando normópatas escolarizados y encolerizados.¹ Normópata es “aquel que acepta pasivamente por principio todo lo que su cultura le señala como bueno, justo y correcto no animándose a cuestionar nada y muchas veces ni siquiera a pensar algo diferente, pero eso sí a juzgar críticamente a quienes lo hacen e incluso condenarlos o aceptar que los condenen” (Guinsberg, 2001, págs. 49-50).

Reagenciamiento de la educación a las familias: en algunos casos las familias y los padres se han acercado a la educación de sus hijos, aunque hay que reconocer que en muchas familias nucleares ambos padres trabajan y se ven en las cámaras a niños solos en sus casas. La capacidad de los padres para acompañar y guiar a sus hijos es cada vez menor.

La escuela toma las funciones de la familia que antes educaba, ahora la mayor parte de esa obligación la toma la escuela instrumental. Se enfatiza la obligatoriedad (forzada) de la escuela en donde no depende del sujeto formar parte como la lleva en el ejército. Sólo educan un grupo de especialistas descontextualizados en un espacio también descontextualizado.

La escuela obligatoria rompe con los lazos sociales, se debe ir al aula en donde se tiene un control, supervisión y vigilancia sobre los sujetos y donde se insiste que se va a socializar y ser libres. Entre más se habite la escuela instrumental, más rasgos de “normalidad”

se tendrán. Se procura que ocurra el menor destierro posible, por eso se lucha con tanto ahínco contra la deserción escolar y las faltas. El número de asistencias debe ser mínimo del 80%, sino se repreuba.

Con la obligatoriedad de la escuela, todas esas cofradías de obreros, carpinteros, pescadores, panaderos y campesinos que antes se educaban a sí mismos en el taller, casas o tabernas, y aprendían su mundo, sus desgracias, sus valores, junto con sus padres, hijos y maestros, se abandonaron. El movimiento obrero que, durante el siglo XIX, “luchó por la libertad y por un modo de educación gestionado por la propia clase trabajadora y destinado a su emancipación, [...] esta instrucción obrera se vio obstaculizada porque la burguesía se percató del peligro social que significaba para el mantenimiento de sus intereses y recurrió a la imposición de la escuela normal obligatoria” (Galván, 2010, pág. 176).

No interesa que en nuestra casa se estudien los saberes o el saber determinado por el régimen de control, se debe estar en la escuela, fuera de ella se es sospechoso e incierto; por consiguiente, se violenta, aun en la integración, y se trata de integrar el máximo de alumnos en esta maquinaria productora de hombres “preparados”. Preparación que los hará más apetitosos para los trabajos baratos de las empresas transnacionales.

Ecopedagogía: La crisis del coronavirus ha confirmado la ventaja de fomentar el contacto con la Naturaleza. Muchas escuelas como la “Escuela a Cielo Abierto” o el “Bosque Escuela” comprueban que valerse de la Naturaleza como estrategia educativa vincula la escuela al contexto y beneficia a la vida al abrir a los alumnos a ella. En la sindemia se busca ir a la Naturaleza porque ahí no se pega la enfermedad. Ahí se sobrevive mejor. Se insiste en los nuevos analfabetismos funcionales al no saber utilizar los sistemas computacionales o no hablar inglés, pero hay un analfabetismo superior: la imposibilidad de relacionarse con el mundo de la vida se está así ante “trastornos de déficit de naturaleza” (Louv, 2018).

La interpretación del mensaje de Richard Louv es clara, en un momento de grandes avances tecnológicos y una conexión más amplia al mundo digital, los niños del siglo XXI se están desconectando del mundo de la vida. El dominio sobre la Naturaleza trae aparejado la mengua de la utilización de los sentidos y la atención, lo que aumenta la tensión emocional y física.

La escuela instrumental es un espacio profiláctico en el cual se sustituyen mundos de la vida palpitante por objetos inertes como el pintarrón, la tiza, el pizarrón, el marcador, la butaca y el proyector. El saber enseñar se hace en espacios rectangulares unidimensionales, ahí el profesor regurgita un saber y, a su vez, de manera individual, el alumno tiene que comprobar que lo sabe, pasando al pizarrón para demostrarlo.

Los alumnos apuntan el saber pre-digerido en la libreta o laptop que funcionan como espacios rectangulares minúsculos. En estos rectángulos e instrumentos está la verdad en sí; es necesario repasar el saber en estos cuadros o cajas para el examen. Es un saber encapsulado, manipulado, pre-interpretado, que no saborea, olfatea o contacta la realidad.

A la sazón, para una eco-alfabetización con la vida se requiere una educación con la Naturaleza. Precisamente, el surgimiento de la didáctica fue un intento del Moravo Juan Amos Comenio (1592-1670), entre otras cosas, de una restauración y relación de los hombres por medio de la Naturaleza, en una especie de biomímesis o biomatos.

El mundo visible debe servir como seminario, refectorio y escuela de los hombres, su finalidad es servir de generación, crianza y ejercicio al género humano. Entre mayor sea la variedad, más hermoso será el espectáculo para los ojos, más suave el deleite del olfato, mayor el placer del corazón. No se errará si se lleva a la Naturaleza como guía o maestro. La Naturaleza no se contenta con excesos, se contenta con poco. La naturaleza no se precipita; procede por lentitud. La Naturaleza no emprende nada inútilmente (Comenio, 2008).

A manera de conclusión

La escuela instrumental incorpora elementos pandémicos de control que benefician a la sociedad de control capitalista, su mundo, su proyecto de hombre y sus instituciones. No obstante, la escuela no está totalmente subsumida; es un espacio contiguo, ambiguo, ambivalente, entre dos perspectivas: de encierro y control o de posible liberación. Es posible todavía revertir los modelos de control y utilizar los pequeños espacios o fisuras de resistencia para establecer una educación no-parasitada, expandiendo, defendiendo y creando estos espacios agrietados de liberación que abren nuevas posibilidades.

Es necesario practicar otros saberes y observar otros mundos, generar re-interpretaciones e interrelaciones, caminos alternativos e inclusivos, contra los actos de control y dominación. En procesos alternativos de muchos y muchos mundos y no de un solo mundo y de unos cuantos. El primer paso es desparasitar los elementos de control de un sistema hegemónico que no permite otros saberes en la escuela.

La escuela puede generar espacios sociales de creación, es un *topos* de dos perspectivas contradictorias: reclusión y liberación. No hay que temblar al observar dos puntos de vista incompatibles que muestran una relación indisociable. Uno revela la dominación que hay que superar, el otro las posibilidades que se pueden asumir. La observación sólo de una posibilidad produce exclusión, la observación de más opciones, posibles sujetos abiertos y críticos. La escuela, aun ante el *Covid*, es un espacio ambiguo y reversible que puede generar todavía alternativas y transformar las prácticas de control y dominación en prácticas de liberación, no se está atrapado.

Bibliografía

- Diccionario Etimológico. (01 de mayo de 2021). Disponible en:
<http://etimologias.dechile.net/?profesor>
- Comenio, J. A. (2008). *Didáctica Magna*. México: Porrúa.
- Deleuze, G. (1991). *Posdata sobre las sociedades de control*. En: Christian Ferrer (Comp.) *El lenguaje literario, Tº 2*, Montevideo: Nordan.
- Foucault, M. (2018). *Seguridad, territorio, población*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Galván, V. (2010). *De vagos y maleantes: Michel Foucault en España*. España: Virus.
- Guinsberg, E. (2001). *La Salud Mental en el Neoliberalismo*. México: Plaza y Valdés.
- Louv, R. &. (2018). *Los últimos niños en el bosque: Salvemos a nuestros hijos del trastorno por déficit de naturaleza*. Madrid: Capitán Swing.
- Miller, J. F. (2010). *Roma: ese gran desconocido, The Oxford Encyclopedia of Ancient Greece and Rome*. Oxford: Oxford University Press.
- Serres, M. (1990). *El Contrato Natural*. Valencia: Pretextos.
- Serres, M. (2012). *Pulgarcita*. México: Fondo de Cultura Económica.